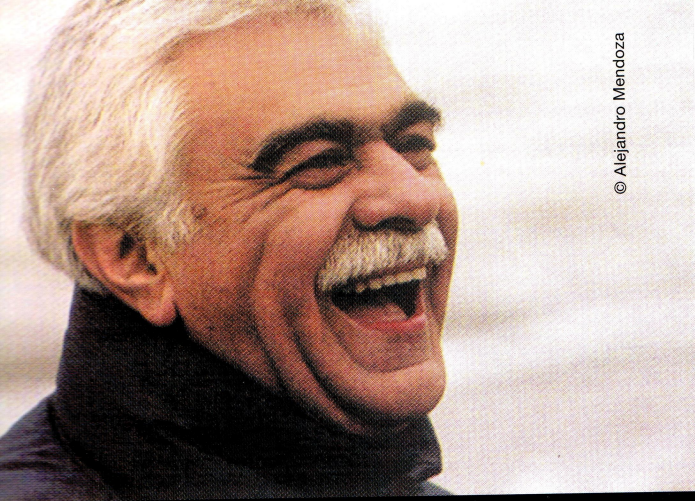


Germán
Castro
Caycedo

**OPERACIÓN
PABLO
ESCOBAR**

 Planeta



© Alejandro Mendoza

GERMÁN CASTRO CAYCEDO nació en Zipaquirá. El periodismo es el único oficio que ha desempeñado en su vida. Fue cronista general de *El Tiempo* durante diez años y creador del prestigioso programa de televisión *Enviado especial*, que marcó un cambio en el periodismo televisivo colombiano y del cual fue director durante dos décadas.

Ha ganado 11 premios nacionales de periodismo y ocho internacionales, y ha escrito 18 libros de testimonio y una novela, *Candelaria*. En 1999, por su libro *El Karina*, recibió el Premio Rodolfo Walsh, concedido a la mejor obra de no-ficción publicada durante ese año en España. En el año 2005 obtuvo el Premio de Periodismo Planeta por su libro *Que la muerte espere*. Es, sin duda, uno de los escritores más leídos y con mayor credibilidad en el país. Su obra ha sido publicada en Europa y América Latina.



Después de una década de aturdimiento, el Gobierno decidió emprender la *Operación Pablo Escobar* para someter al delincuente, ejecutada por un cuerpo que llamaron Bloque de Búsqueda: mil hombres de la fuerza pública. El Bloque tenía como núcleo a un grupo de cuarenta oficiales seleccionados, cuya misión básica era trabajar en inteligencia, planificar y ejecutar.

El núcleo fue preparado en algunos aspectos fundamentales por Hugo Aguilar Naranjo, un mayor de la policía formado en Colombia y en el exterior, que gozaba del respeto de sus propios superiores.

—¿Quién es realmente el mayor Aguilar? —le preguntó una tarde el ministro de Defensa al general que lo había recomendado para ocupar un lugar clave en la organización de la Operación, y este le respondió:

—Es un hombre bien capacitado. Entre otras cosas, el mayor Aguilar es uno de los mejores tiradores que he conocido...

—¿Tiro al blanco?

—No, señor Ministro, tiro de combate... Este hombre se ha perfilado como uno de los tiradores más certeros desde cuando ingresó a la escuela de cadetes, y fue afinando,

afinando hasta cuando lo ascendieron a capitán. A esa altura fue enviado a una serie de cursos en Europa. Regresó al país y fue instructor en el grupo de Operaciones Especiales, de manera que la práctica se le volvió toda una obsesión. Como dicen, un vicio. Una fiebre que lo llevaba a practicar todos los días, normales y festivos. A toda hora usted lo encontraba disparando y, claro, pues fue nombrado instructor de fuerzas de oficiales en todos los grados... Hasta de generales.

—¿Cómo le va en ese tiro... de competencia, me dijo usted? —volvió a preguntar el ministro de Defensa que habitualmente no es un especialista en defensa, por tanto su misión no es la del mando sobre las fuerzas como creen los medios en Colombia, y el oficial le aclaró:

—El suyo es tiro de combate, señor Ministro.

—Ah. De combate. Sí. Pero, dígame: ¿quién es Aguilar?

—Como le decía, ha regresado del exterior con las mejores calificaciones. Hablemos por ahora del tirador, no del investigador ni del estratega. Para poder graduarse como tirador en Europa hay una serie de pruebas tan exigentes como la de *los tres objetivos*:

Aguilar cuenta que en España se le colocaba al frente una persona y a sus lados, moviéndose, un par de globos del tamaño y de la forma de una cabeza humana, de manera que a la distancia, lo que se veía realmente no eran globos: eran tres cabezas, o según la luz del momento, tres figuras cambiantes.

—Allí de lo que se trata es de actuar con la mayor prontitud, pero sin apresurarse, es decir, sin pensarlo demasiado,

pero a la vez con gran seguridad, y eso lleva a la precisión decía el mayor Aguilar y se emocionaba explicándolo.

—Para graduarse en aquellos cursos se trataba de abatir a los secuestradores —los globos—, abatirlos en forma inmediata y dejar libre al rehén... libre y sano, desde luego. Es que, ante todo, se trata de eso. Y eso es sumamente difícil... Eso, de verdad es un arte. En aquella prueba usábamos armas con miras de francotirador y otra serie de ayudas técnicas, pero allí lo definitivo, lo determinante son la seguridad y la decisión —explicaba el oficial.

Un poco después el Ministro se entrevistó con el entonces mayor Aguilar Naranjo, a quien escuchó durante mucho tiempo sobre la situación del país vista por un policía, y finalmente terminaron hablando de lo que le interesaba al Ministro: su preparación aquí y en el exterior.

—¿Por dónde quiere que comencemos? —le preguntó Aguilar.

—Por aquello del tiro de... ¿combate?

—Sí, claro... Mire, señor Ministro: durante los cursos de formación, o, mejor, de perfeccionamiento —porque uno es buen tirador desde cuando nace—, el entrenamiento debe ser tan intenso que como resultado final puede llegar a meter los quince disparos de una pistola por el mismo orificio.

—¿Disparando a qué distancia?

—A veinticinco metros. Yo lo hago. ¿Probamos?

—Probemos.

Fueron al polígono y allí el Mayor acomodó todos los tiros de su arma en el mismo orificio. Silencio.

Luego agregó Aguilar:

—Siempre se practica como complemento —digo yo— este tiro de combate que es reproducir la forma como uno se desempeña durante un enfrentamiento para poder disuadir, y claro, para que uno le pierda el miedo al tiro. Porque muchas veces cuando un hombre oye el primer disparo puede entrar en una crisis de nervios y el enemigo le toma ventaja.

Ese tiro de combate lo hicimos centenares de veces con rayos láser, tanto de pistola como de fusil y de armas de asalto (subametralladoras) y de francotirador (fusiles de gran precisión con mira telescópica).

Luego en Colombia, yo fui el primero que dio instrucción sobre el manejo de rayos láser, al regresar de otros cursos en los Estados Unidos.

Allá el énfasis fue el manejo de pistola con ayudas muy técnicas, sí, pero mire: puede haber los visores y los aparatos de alta precisión que usted quiera, los rayos que se imagine, pero a la hora de la verdad, lo único que sirve es el sentido de la puntería... Claro, se necesita mucho trabajo para aguzar agilidad, pulso, precisión, que se suman a las cualidades natas. Desde luego, hay algunos complementos como el manejo de la alineación de miras, pero, hombre... Hay personas que practican todos los días y jamás llegan a perfeccionar.

Pero por otro lado, uno va aprendiendo cosas aparentemente elementales para afinar la manera de manejar el arma: si, por ejemplo, uno está en una zona rural, tiene que saber que quien cubra el flanco derecho sea un hombre que dispara con la mano izquierda. El que cubre el izquierdo debe disparar con la derecha. Esas son algunas ventajas que llevamos los tiradores de combate. Yo entreno mucho a mi gente sobre pautas como esta.

—Y lo de España... —dijo luego el Ministro sin saber cómo conducir el tema.

—Allí fui preparado por la Guardia Civil con el grupo GAR y algo que llaman los GEOS, unos grupos de intervención en operaciones especiales en el marco del terrorismo de la ETA, y, por ejemplo, participé en un curso de un año de entrenamiento muy completo, muy especializado.

—¿Antiguerrilla?

—Bueno, digamos que antiterrorismo: preparación para manejar bombas, para desactivar bombas, tiro de combate, fuego desde motos todo terreno, rescate de secuestrados, seguimientos, proceso de inteligencia, manejo de inteligencia electrónica y operaciones helicoportadas... Paracaidismo, buceo de guerra.

Los sitios de entrenamiento son muy especializados y, digamos, secretos para el común de la gente. Yo estuve, por ejemplo, en el monte Escorial, en el País Vasco, en la Costa del Sol, en Valencia. Recuerdo uno de supervivencia en Navacerrada...

El ministro de Defensa —ya se había dicho—, puede ser un economista y un político muy capaz en esos campos, pero no tiene la obligación de manejar temas especializados de defensa, ni tampoco tiene mando sobre ninguna fuerza, como lo creen en Colombia, como tampoco el ministro de Justicia es propiamente quien imparte justicia, a pesar de que aparece diariamente en los medios tocando temas que le corresponden a los miembros de las cortes, ni el de Salud tiene que ser un profesor de medicina.

Resumiendo, el ministro de Defensa agradeció aquella tarde que Aguilar lo introdujera en un mundo desconocido para él y posiblemente por esto mismo, en adelante se le vio más en las pantallas de la televisión hablando de sus estrategias en la guerra local.

Para entonces en el país se había organizado el Bloque de Búsqueda, y cuando unos días después lo supo el señor ministro de Defensa, dijo en una rueda de prensa convocada por él, que le parecía bien: “Es un nombre que resume en forma muy gráfica nuestra estrategia para concretar de una vez por todas la cacería que estamos adelantando sobre Pablo Escobar”.

El mayor Aguilar le dio entrenamiento a los efectivos que componían aquel cuerpo —trabajo duro, intenso—, pues

en ese momento formaba parte del grupo de Operaciones Especiales en la escuela de Policía en Bogotá.

Una vez preparados, los miembros del Bloque fueron trasladados a Medellín, y él quedó ocupando el cargo de jefe de seguridad de la escuela de Policía, pues en esa época todavía vivían allí varios generales.

La preparación del Bloque había sido especial en operaciones helicoportadas, de asalto, seguimiento, rastreos, tiro de combate...

En la parte de inteligencia de aquel cuerpo trabajaba un compañero de Aguilar, el mayor González, que unos días después retornó a Bogotá por razón de su oficio y lo visitó en la escuela.

—Cuénteme en detalle cómo van las cosas —le preguntó Aguilar.

—Muy difíciles —respondió su compañero—. Es que para penetrar la organización de Pablo Escobar se necesitaba gente muy preparada, muy capaz, que tenga verraquera porque allá la cosa es muy cerrada. Y muy compartimentada.

—Bueno, pero en la práctica...

—Hombre, el primer golpe que se llevaron los bandidos fue la eliminación de toda una banda que ellos llamaban La Ramada: catorce hombres. Fue una operación clandestina... Entre muchas, el Bloque de Búsqueda manejaba una línea

telefónica y a través de ella supieron que el jefe mandó a uno de aquellos a conseguir provisiones. El tipo salió, hizo la compra, la llevó, y dentro de las conversaciones quedó registrada una con su novia, según la cual él la recogería en tal punto, a tal hora y de allí se irían hasta un lugar en el cual se encontrarían con los demás.

Desde luego, cuando llegó al sitio donde debería recoger a la mujer, lo capturamos. Le hicimos algunas *caricias* y el tipo, orinado, temblando, describió el sitio donde se concentraba la banda.

Popeye, hombre cercano a Escobar: la gente del Bloque de Búsqueda estaba concentrada en la Escuela Carlos Holguín en Medellín, y allí había un lugar que los poliches llamaban El sauna. En El sauna había diferentes aparatos para causar dolores intensos.

Allí se movía un capitán que empezamos a conocer como el Tirapollos, porque usaba unas tijeras para descuartizar pollos asados en los restaurantes, y con ellas le rebanaban los dedos de las manos a los que se resistían a hablar. Cuando terminaban, los cadáveres de algunos iban al horno crematorio, o los miembros que les habían trozado a otros.

Pero lo más corriente, lo que más acostumbraban era trepar a las víctimas en un helicóptero, volaban hasta las selvas de Magdalena Medio y allí las tiraban al vacío. Desde luego, vivas.

Mayor González: De acuerdo con lo que contó aquel bandido hicimos un plano y montamos la operación sobre

la medianoche, de manera que los capturamos prácticamente dormidos. Fin de La Ramada.

Sin embargo, teníamos un compromiso con el delincuente: cuando llegáramos al escondite, él debía abstenerse de hacer cualquier movimiento sospechoso, debía entrar sin aspavientos, ni insinuaciones, ni miradas raras. Si entraba en silencio salvaba su vida.

El hombre se salvó.

Esa fue la primera banda de Escobar desvertebrada. Estos se dedicaban al sicariato, al secuestro, a cometer atracos, torturas. Entonces esa era la que más actuaba, porque el narco manejaba otra agrupación, Los Priscos. A esos los utilizaba más para secuestros y lo que él llamaba *trabajos especiales*.

Lo que se conoce como el Magdalena Medio es una zona cálida al sur de Medellín con magníficas aguas en las riberas de la principal arteria fluvial del centro de Colombia, el río Magdalena, manchas de selva, tierras de buena calidad utilizadas en ganadería extensiva, donde Escobar poseía un latifundio en el que criaba ganado y concentraba un zoológico con animales de otras latitudes. El ingreso estaba localizado sobre una gran carretera, a quinientos metros de allí se levantaba una estancia, y más allá una pista de aviación disimulada por una sucesión de colinas suaves.

Pero a la vez, se trataba de una zona controlada en parte por Escobar y sus bandidos.

El mayor González lo describía como “un territorio impenetrable” porque en él se movía un matón llamado HH, Hernán Henao, hombre de mucha confianza de Escobar que le manejaba parte de la hacienda, un pequeño caserío vecino llamado Doradal y buena parte del Magdalena Medio, pero, a la vez, jugaba un papel importantísimo tanto en la parte financiera del manejo de las propiedades en el campo del terrorismo, en la hechura de caletas, o sea escondites de armas, de drogas, de dólares; en el manejo de las escoltas...

Allí —decía él— era imposible penetrar porque, como primera medida, por el lado de una zona conocida como San Carlos se asentaba un grupo disidente de las FARC que estaba a favor de Escobar, pero a la vez se hablaba de presencia de paramilitares, una mezcla de bandidos y militares, enemigos de la guerrilla que actuaban en la clandestinidad. Y por otro lado, se movía un pequeño reducto de “autodefensas” contra guerrilleras de un campesino llamado Ramón Isaza, enemigo de Escobar, compuesto entonces por unos cuantos efectivos.

Hugo Aguilar: Teniendo en cuenta esta composición de fuerzas, nosotros, la policía del momento, armamos a Isaza: cuando decomisábamos cierta cantidad de fusiles, munición, algunas granadas de fragmentación, armas cortas, se las dábamos a aquel hombre y, además, logramos que la embajada de los Estados Unidos a través de los gringos de la DEA, le dieran un fondo para fortalecerse, y de paso, incrementar su fuerza. Una de las ventajas de Ramón Isaza

era que conocía el terreno y el mejor camino para ingresar a la zona era de su mano.

Es que, soy sincero, nosotros habíamos tratado de penetrar en esa región pero nos fue imposible. Sencillamente éramos policías, no estábamos entrenados ni capacitados para luchar dentro de la selva. Esa es la verdad. Allí estábamos en desventaja porque se trata de un bosque no demasiado espeso sobre una topografía quebrada, que forma algunos claros en ciertas áreas, de manera que éramos detectados durante los desplazamientos por tierra.

La importancia de Ramón Isaza era diezmar al tal Hernán Henao. Sin embargo, en esa primera etapa no cayó el bandido.

Durante nuestra conversación, en su visita a Bogotá, mi compañero, el mayor González, me dijo que para poder complementar ese trabajo se necesitaba que si él salía, era necesario que siempre hubiera una persona que liderara las cosas. “Es que el Bloque de Búsqueda tiene la inteligencia pura, la inteligencia electrónica, la capacidad de combate y el dominio sobre la gente, pero se necesitaban dos cabezas”, dijo y después me hizo una propuesta:

—Hugo, véngase a trabajar conmigo ¿Por qué no me orienta?

Realmente le di algunas orientaciones para que manejara las cosas pues de acuerdo con mi trabajo tenía alguna experiencia y le prometí decirle a mi general, el comandante de la policía, que yo me ofrecía para ir a ayudar en la captura de Pablo Escobar, tratando de penetrar su organización.

El general Gómez Padilla aceptó la idea y en aquel momento comenzaron cuatro años continuos de labor para dar con el bandido.

Cuando el general dijo “Váyase”, le pedí tres cosas: una, que me dejaran escoger a la gente, sobre todo a aquellos que deberían conformar un grupo de inteligencia, y otros que formarían un grupo de operaciones. El resto de la gente del Bloque debería estar conformado por gente para hacer retenes, en las calles y en las carreteras, allanamientos, cosas con las que no había mayores problemas.

Una vez tomadas aquellas determinaciones, organicé a mi familia y nos fuimos.

Conmigo llevaba una lista de oficiales y suboficiales que fueron trasladados en forma inmediata y llegamos a Medellín, Escuela Carlos Holguín, base del Cuerpo Élite.

Desde el primer día comenzamos a darle un viraje a la organización, tanto policial como militar, porque allí había gente de todas las fuerzas, digo, ejército, armada, policía secreta, y empezamos a hacer el trabajo.

En el centro de aquel cuerpo nos encontrábamos cuarenta policías, instalados como dentro de una campana de seguridad frente al resto del Bloque de Búsqueda y nos tomamos las instalaciones del casino de oficiales, dormitorios, oficinas. Y ubicamos un aparcadero aparte para nuestros

vehículos, además de que teníamos avanzadas en las que de un momento a otro podíamos refugiarnos para desaparecer de la escuela y no dormir allá.

Y teníamos refugios secretos, lo que los sicarios llaman caletas, o sea escondites. Contábamos con varios en diferentes puntos de la ciudad.

Ahora: la policía uniformada nos reconocía perfectamente, nos veían, sabían que éramos un grupo especial, un grupo que andaba “en algo” y nos distinguían como Los Rojos, pero no sabían quién era oficial ni suboficial. Sin embargo, el bigote me delataba un poco y ellos decían, “debe ser un sargento o de ahí para arriba”. Es que en la policía no pueden dejárselo sino de capitán para arriba o cuando ya son sargentos viceprimeros.

Por otra parte, cambiamos alguna gente del área de inteligencia y empezamos a manejar toda el área electrónica con agentes de nuestra entera confianza. Es decir, ante todo nos centramos en lo que es interceptación de teléfonos y algo llamado escaneo: escuchar todas las comunicaciones mediante equipos, entonces sofisticados.

Así comenzamos a identificar frecuencias de radioteléfonos y encontramos que la organización del bandido soltaba mucha información clave. Por ejemplo:

—Llámemme a tal número.

Algunas veces los volteaban, pero uno los descifraba y luego interceptaba la clave “escondida”.

Ríase usted, pero la primera fase de intercepción telefónica, de escaneo, se hizo con equipos suministrados por el

cartel de Cali, por los hermanos Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela, narcotraficantes, enemigos de Pablo Escobar.

Es que en un comienzo establecimos contacto con un señor conocido como “Carlos”, aparente ficha de la empresa de teléfonos en Medellín, que suministraba las frecuencias, las ubicaciones, una serie de guías muy importantes, y nos hizo creer que él era de la policía secreta, del DAS. Sin embargo, más tarde descubrimos que él era pago por el cartel de Cali.

La verdad es que desde el primer día con él, comprobé personalmente que su trabajo era muy importante para nosotros. Es que para ganar ventaja y poder diezmar un poco a Escobar teníamos que aliarnos hasta con el diablo, si era necesario... Y “Carlos” era *el diablo*.

Este hombre nos ayudaba suministrándonos frecuencias, descifrando ciertos movimientos, estableciendo ubicaciones, porque se iba hacia zonas montañosas, recorría la ciudad muy bien camuflado y establecía puntos claves muy cercanos al objetivo, de manera que también operábamos de acuerdo con su información.

Los gringos, por su parte, también nos traían ciertos equipos, cositas, porque su apoyo siempre fue económico, electrónico y algo de entrenamiento. Especialmente se dedicaban a actualizar a gente del grueso del grupo en torno a terrorismo, tiro, cosas de esas.

Bueno, pues al cabo de algún tiempo, digamos unos ocho meses, el trabajo de “Carlos” se vio insuficiente, se quedaba corto a medida que evolucionaban las estrategias y los gringos de la DEA nos dieron algunos equipos, desde

luego no avanzados, ni modernos, ni sofisticados. No. Ellos no dan de eso. Lo que trajeron prácticamente era lo mismo que veníamos utilizando gracias al cartel de Cali, pero a partir de aquel momento el trabajo lo hacíamos nosotros con nuestra propia gente.

Lo que más se utilizaba allí era el *scanner* o escanógrafo en colombiano: un aparato pequeño, similar a una radio de comunicaciones, que llevábamos en la mano y utilizábamos desde nuestros vehículos. Mire: uno prendía el escanógrafo en determinada zona y empezaba escuchar comunicaciones. Si veía que el asunto era importante y se asemejaba a algo de la organización de Escobar, nos quedábamos allí.

El aparato barría y se detenía donde había una señal. Uno iba de señal en señal, la anotaba y luego se ponía a grabar en la que creía era la buscada. Cuando se detenía, el aparato señalaba la frecuencia.

De acuerdo con eso uno establecía ciertas coordenadas o establecía puntos muy aproximados cuando se escuchaba muy cerca. No había otra forma de trabajar. Si la señal venía de cerca, uno allanaba la zona para presionar. En esos casos comprobábamos que sí daba efectos porque luego lo escuchábamos:

—Me cayeron, estuvieron muy cerca...

Esta táctica los presionaba a hablar con sus compinches y descubrieron nuevas líneas de teléfonos y cantidad de nombres para alimentar nuestro banco de datos en torno a esa organización.

Nosotros teníamos una especie de organigrama que nos señalaba, quién era quién en cada punto, de manera que el mando general de los bandidos, cuáles eran sus mandos me-

dios, y eso se iba perfeccionando con base en comunicaciones interceptadas, de manera que esa información nos permitía analizarlos cada vez mejor y sacar conclusiones sobre cómo era el escalafón de los bandidos, de mayor a menor en importancia. Esa era una de las grandes bases para nosotros.

La parte electrónica... Teníamos cuatro salas de interceptación y salas de escaneo. Una pequeña en la Escuela para procesar datos, organizar y llevar estadísticas y algunas líneas más importantes.

Otra estaba en lo que se llama la Sijín de la Policía Metropolitana de Medellín, en el barrio Laureles.

Una tercera fue ubicada en el mismo barrio en que funcionaba la Escuela, pero en la parte externa: una casa bien camuflada.

La cuarta por el lado de El Poblado, un barrio exclusivo de clase altas. Es que, por estrategia no estaban todos los huevos en un solo canasto: nos podían hacer un atentado o se podía filtrar información y había que evitar inconvenientes a toda costa.

Sin embargo, fuimos infiltrados por alguien que los bandidos llamaban Cirirí, el nombre de un pájaro, que le mandaba a Escobar las grabaciones de las conversaciones que sosteníamos en las áreas más restringidas.

Bueno, pero a pesar de todo, las cosas iban evolucionando gracias al talento de nuestros policías, luego llegó un apoyo de los gringos con el avión fantasma, en ese momento dotado de equipos más o menos elementales, pero que no teníamos aquí.

A aquel avión, por ejemplo, nosotros le dábamos ciertas coordenadas de acuerdo con nuestro escaneo y la nave tomaba fotografías panorámicas, póngale tres kilómetros a la redonda, y de ellas escogíamos al azar: "Allanemos esta, allanemos esa otra...". Así, a la topa tolondra y desde luego, la gran ayuda servía para muy poco.

Bueno, pues hasta ahí llegaba lo electrónico: nada aproximado, y, claro, pues no pasábamos de grabar conversaciones, amenazas, órdenes de ejecutar que daba el bandido, de secuestrar, de pedir puestos, de amenazar a ministros, de insultar a políticos... De ahí no pasaba nuestro trabajo.

Esa parte de comunicaciones se consiguió con dineros de los gringos y del cartel de Cali que fluía a través de los altos mandos de la policía.

En aquel momento, los bandidos más importantes del lado de Escobar eran Pinina, Tayson (Brances Muñoz Mosquera), la Quica, el Mugre... tipos claves dentro de la red criminal. Desde luego, nos causaba mucha curiosidad y nos centramos bastante en ellos y en un tipo del que nunca pudimos averiguar el alias porque lo describían como el Mono.

Es que a esa altura irrumpió como una pesadilla, el tal Mono.

Lo describían como un sicario elegante —¿En Antioquia hay bandidos elegantes?— lugarteniente de Pinina, asesino a sueldo cercano a Pablo Escobar.

La presentación de aquel criminal me la hizo una tarde el mayor González:

—Un funcionario importante de la gobernación de Antioquia tenía dos hijas: una médica y una muchacha estudiante de la universidad. La mamá tenía un almacén de modas muy elegante.

Este tipo compraba ropa en aquella tienda y un día invitó a la estudiante a un almuerzo y la secuestró, la violó y de ahí en adelante la obligó a vivir con él. La tuvo durante más de ocho meses cautiva.

Luego se supo que el tipo la dejaba salir algunas veces para que fuera a su casa, pero él le advirtió al funcionario, a su esposa y a su hija, la médica:

—La dejaré salir algunas veces, pero el día que ustedes intervengan ante la autoridad, se mueren.

Situación crítica, situación increíble que va mucho más allá de la imaginación normal. Escúchame bien: desde luego el tipo era un sicópata que veía en la calle a una muchacha que le gustara y se la llevaba a las malas. Es decir, la secuestraba, revólver en la espalda, o en la nuca, y la llevaba hasta la casa donde vivía con la hija del funcionario, la violaba, la mataba, la descuartizaba y después salía con ella dentro de una bolsa y regaba los miembros en diferentes puntos de la ciudad.

Yo supe esta historia y al comienzo pensé que la persona que me la contaba estaba delirando, pero luego me di cuenta de que hablaba en serio.

Aquel día, yo estaba en una estación de policía llamada Laureles, como el barrio, y llegó una señora con una muchacha con uno de los brazos enyesados. La atendí, estaba muy nerviosa. Le dije:

—Confíe en mí, no le dé miedo, hable con confianza.

Respiró profundo pidió un vaso con agua y luego me contó la historia de su hija desde el comienzo y terminó con la de la muchacha descuartizada:

—Pero anoche —dijo— este hombre llegó a su casa con una muchacha, la violó, la mató y la descuartizó. Dentro de su trance de drogado le dijo a mi hija:

—Ahora la voy a matar a usted y mi hija saltó de un segundo piso a la calle y se fracturó el brazo. Un señor que cruzaba por allí la recogió y ella le pidió que la llevara a nuestra casa. Más tarde, nosotros abandonamos el hogar porque sabemos que ese tipo nos va a buscar para asesinarlos.

Bueno, pues la muchacha se fue conmigo en un auto, hicimos un recorrido, nos llevó hasta la casa de aquel monstruo, allí montamos vigilancia y cuando llegó por la noche, irrumpimos y le dimos de baja.

Luego, la muchacha comenzó un tratamiento psiquiátrico.

Y a la mañana siguiente escuchamos a Pablo Escobar indignado “por el asesinato a sangre fría de este muchacho tan valioso para la organización”.